

negados y los mayores enemigos del cristianismo se inclinaron durante los cuatro primeros siglos?

De manera, que lo mismo las deposiciones de los amigos, que las de los adversarios, hablan en favor de la autenticidad de los Evangelios. Y por si quedaba duda aún, los monumentos paleograficos han venido à confirmar la misma verdad con no menor elocuencia.

En el número de dichos monumentos figuran un fragmento de Muratori, que constituye la cópia de un cánon de las escrituras que remonta su origen à los alrededores del año 100; la antigua version itàlica de la Biblia; la version siríaca ó Peschita; y por último la version copta, hechas las tres en el comienzo del siglo segundo; y todos los monumentos expresados demuestran no sólo que en dicha época existian los Evangelios, ya que de lo contrario no se concibe que pudieran ser traducidos, sino tambien que llevaban los mismos nombres bajo los cuales se les distingue actualmente. Una version siríaca más antigua aún, y recientemente analizada por el Dr. Cureton, ha venido à comunicar nueva fuerza à esos antiguos testimonios. Ese manuscrito adquirido en Egipto, y publicado hace diez años en Inglaterra, pertenece, segun la opinion de sábios eminentes, à fines del siglo primero, de

manera que si se fija la atencion en el tiempo que debió emplearse para ejecutarlo, se comprenderá que sólo debieron transcurrir brevísimos años despues de la terminacion del original. De todo lo dicho resulta, de un modo evidente, que no puede asignarse à la composicion de los Evangelios una fecha posterior à la que la tradicion indica; resultando además imposible la no adhesion à su autenticidad, puesto que hallándose el de San Lúcas al abrigo de toda sospecha, debe participar de la misma garantía el de San Mateo que fué conocido por San Lúcas, lo mismo que el de San Márcos cuyo texto siríaco, ántes mencionado, reproduce los pasajes más respetados por la crítica moderna.

Y ahora despues de haber presentado en rápida enumeracion esa série de testigos séame lícito preguntar: ¿No es verdad que se necesita cierta ceguedad voluntaria para no ver la evidencia que tan manifestamente se presenta? ¿No es cierto que sin una opinion preconcebida es imposible desconocer la autenticidad de los Evangelios? ¿Y si este libro no es auténtico, repetimos, cuál lo será? Imagínese un hombre que pudiera leer el manuscrito de la Iliada para creer en la identidad de su autor: para contestarle se le saldría al paso con el sentido comun de la his-

toria, y si ni aun así se daba por satisfecho, se le dejaría sin darle nueva contestación. Por supuesto que semejante obstinación en un escéptico de esta naturaleza, podría exigir más todavía, pues podría abrigar sospechas respecto á la autenticidad de la letra, y como el espíritu humano jamás se satisface, complacido en esto podría exigir después la firma del autor. Pues bien, ese sistema que sería calificado de locura, aplicado á las obras de Homero y de Virgilio, se ha empleado para investigar las fuentes del nuevo Testamento, honrándosele con el nombre de crítica. Peligrosa seducción para los espíritus que se pagan de la bandera, sin examinar la mercancía cubierta por la misma.

III.

Mas, ¿á esas pruebas positivas, han opuesto los adversarios negaciones positivamente justificadas y de idéntico valor? No; en sus ataques

contra los orígenes del cristianismo, lo mismo que en sus objeciones contra el origen del mundo y del hombre, la ciencia nos hace una guerra de meras hipótesis. ¿Quién es capaz de enumerarlas? ¿Quién, especialmente, será capaz de formularlas? Tomándolas al peso y á elegir, podemos citar las principales: en cuanto á las demás no vale la pena de que en ellas nos ocupemos. En los tres primeros Evangelios, desde el punto de vista de la disposición de las materias y de la forma, existe una notable concordancia. Ese paralelismo de hechos y de textos, que es lo que constituye su rasgo característico, ha influido para que se les dé el nombre de sinópticos. Es indispensable, sin embargo, llamar la atención respecto del hecho de que no obstante sus rasgos similares, no es posible citar dos versículos sucesivos de cada uno de dichos Evangelios, dice Hanneberg, en los cuales el autor respectivo no se distinga por su manera independiente y por una fisonomía personal muy pronunciada. Esas armonías y esas diferencias, entre los tres sinópticos, han dado pie á la teoría de un protoevangelio. En virtud de tan peregrina invención, se ha supuesto la existencia de un Evangelio primitivo, escrito en un principio en hebreo, traducido después al griego, y por último arregla-

do y aumentado por los primeros copistas, en cuanto á los detalles, bien que respetado por lo que se refiere al fondo, que se difundió fácilmente en las Iglesias. Cada uno de nuestros primeros evangelistas debió valerse de una de esas varias cópias y de aquí sus semejanzas y sus divergencias. Las suposiciones gratuitas y contradictorias á que se han entregado Leclerc, Michaelis, Lessing, Eichhorn y Marsh para autorizar tamaña imaginación, constituyen uno de los ejercicios más enrevesados de la crítica alemana. Para encontrar un trabajo tan oscuro y empalagoso es indispensable acudir á las mitologías y cosmogonías de la India. Mas aún suponiendo que hubiese existido, ¿qué probaría la existencia del protoevangelio contra los Evangelios canónicos?

Una de dos: ó bien el patron ofrecido por el protoevangelio á nuestro historiadores sagrados, ha sido por estos expugnado y reducido á su verdad definitiva, en virtud de su doble autoridad de autores inspirados y de testigos, en cuyo caso lo mismo da que se hayan aprovechado de las notas de la tradición, como que hayan escrito puramente inspirados; ó bien se ha de suponer que esas piadosas narraciones de los tiempos primitivos, en un momento determinado, se

han visto revestidas y autorizadas con la firma de los evangelistas, sin que estos las hayan declarado sospechosas, cosa que en todo caso debería probarse. ¿Se ha pensado bien en esto? Téngase en cuenta que se trata de la impostura más difícil que se puede esmeter. Esta es la ocasión de oponer las hipótesis del buen sentido á las del sistema á todo trance y de la delirante transcendencia.

¿Habriase cometido el fraude en vida de los evangelistas? Imposible; pues de seguro habrían reclamado los cuatro santos cuyos nombres se hubiese pretendido emplear para cubrir semejante falsificación. ¿Y no habrían también denunciado el fraude en cuanto se hubiesen dado á luz los falsos evangelios, los demás apóstoles y discípulos que predicaban el Evangelio verdadero, saliendo con ello á la defensa de las Iglesias; y además todos aquellos que habían tomado á su cargo el trabajo de sembrar la verdad, y por ella morían, habrían contemplado en silencio la alteración de la misma, precisamente desde su comienzo, prescindiendo de la irremediable corrupción que de ello habría resultado en lo porvenir? Nó, no es posible inferir tamaño insulto á la memoria de los mártires.

Si la falsificación no ha tenido lugar en vida de los evangelistas, se dirá, debió llevarse á cabo después de su muerte. Tan imposible es lo uno como lo otro, y vamos á demostrarlo. En el primer caso era demasiado pronto; en el segundo demasiado tarde. Inmediatamente después de la muerte de los evangelistas vivían aún sus discípulos que de seguro se habrían apresurado á denunciar la superchería. Los herejes, los judíos y los paganos á quienes preocupaba el rápido desarrollo del cristianismo naciente, hallábanse apercibidos para combatirlo y de seguro habrían preferido poderlo desprestigiar y aún desacreditar cubriéndolo con el oprobio de semejante impostura, á tenerlo que combatir con el hierro y los sofismas. Los cristianos de Roma, de Corinto, de Efeso, de Antioquía y de Jerusalén, habían oído la palabra apostólica, y confrontándola con los nuevos textos, habrían podido anonadar con un solo grito esta falsificación de las Escrituras sagradas. Finalmente, y el mundo romano y el mundo cristiano, dos testimonios incorruptibles, se mantenían en expectativa, de manera que, si valiéndonos de la relación de Tácito, veintisiete años después de la muerte de Jesús, existía en el Imperio una multitud inmensa de cristianos, *Ingens multitudo;*

después de la muerte de San Juan el cristianismo constituía una especie de segundo imperio dentro del primero; y esas dos sociedades, ante una falsificación pública, patente, perturbadora del reposo, de las ideas y de la religión, ¿habrían permanecido mudas, sin pronunciar siquiera una palabra de reprobación? A este punto llegados, nos consideramos en el caso de repetir con Lacordaire: «Nada más decisivo respecto del particular que la comun autorización: el pueblo es el único notario capaz de darla de su propia historia, porque constituye la reunión de todas las edades, de los pensamientos, de todos los intereses, de manera, que sobre ser una cosa nunca vista una conspiración popular para engañar á la posteridad, es un espectáculo que ni siquiera puede concebirse. Un hombre fabrica el error: un pueblo tiene demasiadas ideas y sobre todo demasiadas y diversas pasiones para ponerse de acuerdo con el propósito de forjar un cuento con que engañar á los siglos futuros. Hay más aún: un pueblo jamás está solo; vive entre otros pueblos contemporáneos cuya historia se confunde con la suya, y en la suposición de que fuera capaz de una mentira unánime, levantaría inevita-

blemente en contra suya la protesta del mismo siglo en que hubiese tramado el complot (1).¹¹

Lo que acabamos de consignar se habría indudablemente realizado por lo que al pueblo cristiano se refiere. Olshausen da de ello una prueba concluyente: En el año 140, encontrábanse en Roma, el papa san Aniceto; san Policarpo, discípulo de san Juan; san Justino, representante de la Palestina y de las iglesias de Oriente; Marcion de Synope, y Valentino de Alejandría y en esta época, nuestros cuatro Evangelios estaban unánimemente admitidos, siquiera mereciesen diversa interpretación. Ahora bien, ¿puede concebirse que estuviesen de acuerdo en lo relativo á la autenticidad, los que en todo lo demás opinaban de diferente manera? De seguro que si el canon evangélico hubiese sido obra exclusiva de un partido, no le habrían suscrito los demás. Marcionistas y ortodoxos habríanse ligado contra los libros de los valentinianos, y reciprocamente, los asiáticos habrían rechazado los Evangelios procedentes de Roma; las Iglesias fundadas por San Juan no habrían aceptado una historia sin razon atribuida á su póstolo;

[1] Conferencia 43ª.

los fieles de Grecia no habrían dado crédito al dicho de que San Lucas hubiese escrito un Evangelio, por último los de Siria y Palestina sabiendo lo propio respecto de los de Márcos y Mateo, habrían repudiado las colecciones falaces que se hubiese pretendido autorizar con esas venerables contraseñas. Mas puesto que todas esas divisiones, en perpétua lucha en cuanto á lo que no se refiere á la autenticidad, estaban de acuerdo respecto de la misma, debemos ver en ello un testigo de mayor excepción.

En resumen: ó el protoevangelio ha sido corregido desde la inspiración del Espíritu-Santo por los historiadores de Jesús, y en tal caso no perjudica poco ni mucho á la autoridad de los verdaderos Evangelios; ó estos deben ser mirados como variantes fraudulentas del protoevangelio, y entónces queda por demostrar: 1.º que el protoevangelio ha existido; 2.º que ha sido posible el fraude. La crítica no podrá llegar jamás á semejante resultado. No cabe dudar que si el protoevangelio hubiese sido enseñado, traducido y propagado durante cien años en todas las Iglesias, habrían hablado de él los Padres; se habrían conservado algunos fragmentos de ese texto arameo; y por último habria existido una noticia biográfica de Jesús, que al paso que

hubiese servido de guía á la fe del mundo cristiano, desde los sucesos inmediatamente posteriores al martirio de San Estéban, hasta después del sitio de Jerusalem, habria dejado marcada su huella en otros sitios que en las imaginaciones póstumas de una escuela obligada á recurrir á las ficciones inadmisibles para combatir las realidades indubitables.

¿A qué pues admitir errores inverosímiles en lugar de la verdad sencilla? Y la verdad sencilla se reduce á lo siguiente: Los apóstoles antes de su separacion convinieron en valerse de una plegaria comun, de un símbolo comun, de una enseñanza comun relativamente á los actos del Salvador. De aquí surgieron el *Padre nuestro*, el *Credo* y el Evangelio, difundidos oralmente por medio de la predicacion. Durante mucho tiempo esta predicacion fué el único Evangelio de la Iglesia, puesto que la Iglesia no fué resultado de sus libros toda vez que, lo ménos durante cuarenta años, subsistió sin ellos, descansando en la fe de testigos de vista, que sufrían la muerte para rendir una prueba más manifiesta. Llegó un dia sin embargo, en que desearos de inmortalizar tan elocuente testimonio, levantáronse cuatro hombres inspirados y fijaron por medio del buril lo que se predicaba

en todas las cátedras apostólicas. Sus narraciones tomadas á la vez del fondo de la tradicion y de sus propios recuerdos, debian ostentar simultáneamente las semejanzas resultantes de una comunidad de origen y las diferencias provenientes de la diversidad de redacciones y así es como se explican al par el parentesco y las pretendidas antinomias existentes entre los sinópticos. Recusar los Evangelios escritos so pretexto de la precedencia de un Evangelio oral, vale tanto como echar en cara á los evangelistas el ser historiadores y no inventores.

Llegamos con esto á la segunda dificultad que viene á ser el reverso de la primera. La una se fija en las relaciones de semejanza existentes entre los cuatro Evangelios, y de ellas pretende deducirse que su autenticidad es por lo ménos sospechosa: la otra se propone alcanzar idéntico resultado fijándose en sus incidentes contradictorios. En el primer caso se los declara supuestos porque se acuerdan en muchos puntos: en el segundo, porque no pueden concordarse. En uno y otro caso se imagina lo que no es cierto, para destruir lo que lo es.

Que en los Evangelios existen variantes y divergencias que exigen un trabajo de conciliacion, no hay quien lo niegue. San Crisóstomo,

San Agustín y toda la exégesis patológica, satisfacen ampliamente la curiosidad respecto del particular en grado tal, que los vastos salones de la biblioteca del Louvre, no bastarian para contener los innumerables libros de concordancia evangélica escritos durante los primeros siglos. Hasta puede asegurarse que las dificultades de esta naturaleza únicamente escandalizan à los ignorantes en materia de Escrituras. ¿A qué, pues, presentar como un descubrimiento importante esas objeciones que con tanta frecuencia y tan victoriosamente han sido contestadas? ¿A qué sobre todo deducir consecuencias desfavorables à la autenticidad de los libros sagrados, de lo que tan elocuentemente prueba la ingenuidad de sus autores y la sinceridad de la Iglesia? Si, la ingenuidad de sus autores, porque facilmente se comprende que por medio de un acuerdo prévio, habrian facilmente evitado el oprobio de toda sospecha respecto de su testimonio: la sinceridad de la Iglesia, porque suponiendo que hubiese guardado ménos respeto al depósito que se le confiara, no le habria sido muy difícil arreglarlo de manera que hubiese quedado à cubierto de tales ataques; puesto que le bastaba con beneficiar la concordancia bíblica de algunos de los miles de errores insignifican-

tes, bajo el punto de vista dogmático, cometidos por los diversos traductores de la Escritura, para hacer desaparecer todas las contradicciones aparentes.

Digamos pues, que las diferencias de los Evangelios tienen una explicacion perfectamente natural en las diferencias de fin y de medio que inspiraron à sus autores. La narracion típica propagada por el apostolado en las Iglesias primitivas, por lo mismo que no contenia absolutamente cuanto Jesus habia dicho y hecho, facilitaba el que cada uno de los historiadores se fijara preferentemente en aquello de que habia sido testigo presencial, poniendo especial atencion en las necesidades de aquellos para quienes singularmente escribia. Fija en esto la mente, el sistema de composicion era de importancia secundaria. S. Mateo y en ocasiones S. Marcos, sacrifican la trama histórica à una conexiõn puramente lógica. S. Lucas, por el contrario, sigue el órden de los acontecimientos. En cuanto à S. Juan, teniendo en cuenta que se halla en presencia de herejes familiarizados con las sutilezas metafísicas de la gnóstica, modifica su sencillez de pescador galileo por las fórmulas de la filosofia griega y de la teúrgica oriental, que se conservan en la teodicea cristiana, y mirando

constantemente á las circunstancias que determinan la narracion, compendia ó amplifica los discursos del Salvador. Si el encadenamiento cronológico es distinto en todos los evangelistas, proced esto de que recordando cada uno de ellos hechos omitidos por sus antecesores, juzgan indispensable consignarlos, resultando de semejantes intercalaciones una falta de paralelismo en el relato.

En resolucion, las disparidades de los Evangelios tienen su explicacion natural del mismo modo que sus armonías. Por lo demás debe fijarse la atencion en el hecho de existir una armonía que justifica todas esas disparidades, y es la coincidencia verdaderamente milagrosa en que se halla el pincel de los evangelistas al pintar los rasgos que reproducen la fisonomía de Jesus. Respecto del particular no existe divergencia alguna entre los cuatro historiadores. El Jesus de S. Mateo es completamente idéntico al de S. Marco, al de S. Lucas y al de S. Juan; y para que pintores tan distintos hayan podido realizar un ideal, cuatro veces parecido á sí mismo, es indispensable que lo hayan visto. De todo lo cual puede deducirse que la figura de Jesus, estampada como un sello sobre los evangelios, garan-

tiza al par su origen divino y su origen inalterable.

La crítica moderna objeta á la procedencia apostólica de los Evangelios diferencias no sólo en lo que se refiere á su redaccion, sino tambien á su autenticidad. Segun esta hipótesis, el único historiador exacto de Jesus, es S. Lucas. «Los Evangelios de S. Mateo y S. Marcos distan mucho de ofrecer idéntico carácter de originalidad (1).» «Por lo que se refiere á S. Juan, puede asegurarse que es un autor muy problemático. Papias que pertenece á su escuela, no dice una palabra de una *Vida de Jesus* escrita por este apóstol. En su Evangelio, «al lado de un plan general, que parece más satisfactorio y más exacto que el de los sinópticos, se encuentran pasajes muy notables que respiran un interés dogmático propio del redactor: reconócense en ellos las interpretaciones de un sectario ardiente, y sorprende no poco que el hijo del Zebedeo haya podido escribir en lengua griega esos libros de metafísica abstracta (2).» Resumiendo: ó bien la crítica supone previamente establecidas todas las premisas que ha menester

(1) Renan, *Vida de Jesus*, p. 18.

(2) Renan, *Vida de Jesus*, p. 24, 25.

para destruir la conclusion, ó bien se contenta oponiendo simples conjeturas á los hechos más perfectamente comprobados, y si ensalza con afectacion la autenticidad del Evangelio segun S. Lúcas, es pura y exclusivamente con el fin de tener un pretexto que la autorice para empujarse y eliminar los restantes.

Con todo cumple dejar consignado que en este terreno la crítica negativa queda prendida en sus propias redes. Para establecer toda la historia evangélica, basta con la autenticidad del Evangelio segun S. Lúcas, por lo mismo que se halla perfectamente enlazada con los Actos de los apóstoles, esto es, con un escrito del cual ha podido decir M. Guizot: «Los tiempos antiguos solo nos han dejado un reducidísimo número de obras cuya autenticidad esté tan perfectamente demostrada. La prueba de semejante correlacion puede verse en el siguiente prefacio por cuyo medio el autor de los Actos se declara al propio tiempo el autor del Evangelio:» «En mi primer libro, oh Teófilo, he hablado de todo cuanto ha hecho y enseñado Jesus desde el principio hasta el dia en que ascendió á los cielos.» Es por consiguiente cosa natural, que la autenticidad del Evangelio de S. Lúcas participe de la de los Actos.

Sin embargo debe tenerse en cuenta, que este Evangelio supone la existencia de otros anteriores, puesto que empieza con las siguientes palabras: «Siendo varias las personas que han emprendido el trabajo de escribir la historia de las cosas que se han realizado entre nosotros, citándose á la relacion que de ellas nos han hecho los que desde el principio las han visto por sus propios ojos, y que han sido ministros de la palabra, he creído, etc.» ¿Ahora bien, que personas son esas que emprendieron el trabajo de escribir la misma historia segun la relacion de lo que vieron por sus propios ojos, si no son los dos primeros evangelistas?

De manera que así como los actos de los Apóstoles se refieren al Evangelio de S. Lúcas, el Evangelio de S. Lúcas se refiere á escritos pre-existentes que no pueden ser más que los otros sinópticos. De esta suerte la cadena de la verdad evangélica aparece perfecta, y la crítica que ha transigido en la cuestion de autenticidad, bien que respecto de un sólo Evangelio, ha venido, sin saberlo, á confirmar la de los demás. Hasta por lo que al Evangelio de S. Juan dice relacion, puede sacarse provecho de esta prueba general, puesto que es evidentemente un suplemento á lo que callan, iba á decir á las lagunas de los si-

nópticos, de manera que al par que revela la precedencia de estos, ofrece el sello de la época y hasta el del autor á quien se atribuye.

Estas pruebas son tan patentes, que la crítica no ha podido ménos que admitirlas y así se explica que formule del modo siguiente sus últimas conclusiones: «El Evangelio de S. Lúcas lleva la fecha de su composicion: los de Mateo y de Marcos la llevan tambien pues no cabe dudar que el tercer Evangelio es posterior á los dos primeros y ofrece el sello de una redaccion más moderna. Ademàs tenemos, respecto del particular, un testimonio capital de la primera mitad del siglo segundo, es decir el testimonio de Papias, hombre grave, hombre amante de la tradicion, que durante su vida ocupóse en recoger cuantos datos pudo allegar relativos á la persona de Jesus (1).» Hemos visto que este testimonio se halla precedido de muchos otros no ménos autorizados.

Tal es la demostracion comun de la autenticidad aplicable á los cuatro Evangelios. ¿Cuales son sus pruebas individuales? Cuanto ha podido imaginarse para hacer del primero una obra im-

(1.) Renau. *Vida de Jesus*, 18.

personal hàse llevado á cabo; pero es imposible que pueda prevalecer contra la deposicion del sentido comun histórico, una sola de las invenciones concernientes al estilo, á la narracion, á las pretendidas antinómias, á las enmiendas y retoques de esta historia sagrada. Esa deposicion nos dice que Mateo escribió su Evangelio en hebreo ó siro-caldeo para los Judíos de Palestina. En virtud de lo expuesto, dice Ricardo Simon, debemos buscar el original de este Evangelio entre los nazarenos descendientes de los primeros cristianos de Jerusalem. Y en efecto los nazarenos lo han conservado. Segun donde lo habia llevado S. Bartolomé. Por lo demás el texto de los nazarenos ajustaba tan perfectamente con el original de S. Mateo, que S. Jerónimo afirma haber visto dos ejemplares, uno en la biblioteca de S. Panfilo en Cesárea y el otro en Berés, ejemplares que al decir de ese sábio intérprete, fueron considerados por la mayor parte de los antiguos doctores como manuscritos primitivos de los Evangelios.

¿Cómo se explica que el original del Evangelio en lengua aramea haya desaparecido tan pronto, en tanto que el ejemplar griego de la misma obra se ha conservado? Muy sencillamente si se tiene en cuenta que las Iglesias de la Judéa pa-

ra las cuales fué escrito el primero, subsistieron muy poco tiempo, en tanto que las Iglesias griegas duran todavía. Con todo, el primero subsistió durante largos siglos entre los nazarenos y los ebionistas que procedían de los primeros cristianos de la Judea, de los cuales lo recibió S. Jerónimo. En cambio los demás cristianos lo miraron con indiferencia, y sea porque no comprendieran el caldeo, sea porque los nazarenos y los ebionistas lo alteraron, es lo cierto que las versiones de este Evangelio eran preferidas á sus antiguos manuscritos. ¿Qué otras obras pueden citarse de las cuales sea dable seguir las huellas de sus primeros pasos y que sirvan de prueba de inducción contra hechos tan patentes (1)?

S. Mateo ó Leví, en su calidad de antiguo contador de las riberas de Tiberiade, hallábase en mejores condiciones que los demás discípulos para el manejo de la pluma, y por consiguiente era el más indicado para ser el primer historiador de Jesús. S. Marcos tenía también ciertas ventajas de posición para componer un Evangelio, resultantes de ser hijo de una cristiana de Jerusalén, en cuya casa se congregaban los apóstoles,

[1] S. Jerónimo. *Comment.* in *cap. XII. Math.*

toles, y si bien es verdad que, dados sus pocos años, no pudo oír la palabra de Jesús, no cabe dudar que desde su infancia trató íntimamente á sus discípulos. Más adelante fué agregado al apostolado de S. Pedro y al de S. Pablo, especialmente al primero cuya narración siguió é interpretó. Por esto dice S. Jerónimo de su Evangelio, que fué narrado por Pedro y escrito por Marcos, y S. Justino lo ha designado con el nombre de *Memorias de S. Pedro*.

¿Qué puede alegarse contra esa tradición cuyo primer anillo se enlaza al sacerdote Juan, de los tiempos apostólicos, seguido inmediatamente por Papias, al cual sucede á su vez el testimonio de diez y ocho siglos? Por un lado encontramos hechos indiscutibles; por el opuesto fantasías germanescas. Para ciertos exegetas racionalistas el Evangelio más antiguo, el Evangelio primitivo sería el de S. Marcos; el de S. Mateo debería considerarse únicamente como un arreglo, y el de S. Lucas como una ampliación. Otros, en cambio, juzgan á S. Marcos como un plagiaro de S. Mateo y de S. Lucas, no faltando por último quienes consideran el segundo Evangelio como un mosaico compuesto de fragmentos tomados de aquí y allá. ¿Qué debemos pensar de todo esto? Stor, Herder, Wette,

Schleiermacher han acumulado montañas de sutilezas en apoyo de esas hipótesis contradictorias, y es que consultando simplemente los criterios internos, un sofista literario establecería fácilmente la no autenticidad de cualquiera obra.

Mas háñse desvanecido todas las dudas de esta suerte acumuladas, por lo que al origen del segundo Evangelio se refiere, y Renan y Reville, rompiendo las telas de araña de la exegesis alemana, han acabado por suscribir á la deposición de Papias, durante tanto tiempo puesta en duda. «Las detalles materiales tienen en Marcos, una nitidez que en vano se buscaría en los demás evangelista. Complácese en reproducir determinadas palabras de Jesus en siríaco-caldeo: abunda en minuciosas observaciones, procedentes sin duda alguna de un testigo ocular, sin que haya una sola que se oponga á que ese testigo ocular, que de seguro habia acompañado á Jesus, y le habia amado y contemplado muy de cerca, conservando de él una impresion vivísima, sea el apóstol S. Pedro en persona (1).» Y ahora dígasenos en puridad si valía la pena de acumular durante el espacio de un siglo tan-

(1) Vida de Jesus, p. 26.

tas tinieblas sobre esta verdad, si al cabo habia de salirse con tan honrosa confesion.

Y puesto que se nos concede la autenticidad del Evangelio de S. Lucas, juzgamos natural aprovecharnos de esta ventaja, bien que manifestando de paso que no sabemos atinar con la razon en cuya virtud se concede á dicho Evangelio tan especialísimo honor. Y ménos se concibe sabiendo que no falta quien haya puesto en duda la autenticidad de sus dos primeros capítulos; al paso que otros lo han considerado como el texto interpolado de Marcian; otros como posterior á la época apostólica; ora ha sido juzgado mera reduccion, ora simple síntesis, en suma cuanto puede imaginarse, porque la verdad es que en materia de fé, todo puede ser negado por quien tenga formada la resolucíon de no creer cosa alguna, de suerte que si dentro de cien años se aplica á los exegetas de allende el Rhin el sistema crítico por ellos establecido, hasta la autenticidad de sus principios críticos llegará á ponerse en tela de juicio.

Por último ¿no se halla tambien á cubiero de toda sospecha de no autenticidad la narracion de S. Juan, llamada por Orígenes flor de los Evangelios? La historia contesta tambien afirmativamente: sólo la teoría dice que no.

Objétase que no es posible que S. Juan pudiera conservar en su memoria los largos discursos que pone en boca del Salvador. Semejante procedimiento equivale á negar rotundamente lo que está en cuestion, es decir, la inspiracion divina del apóstol: es negar además el testimonio de la experiencia, porque son muchos los ancianos que recuerdan palabra por palabra cuanto oyeron en su niñez. Nunca recuerda tan perfectamente el hombre los comienzos de su vida, como cuando se acerca al término de la misma; como cuando reconcentrado en sí mismo puede recapitular la historia de los hombres y de las cosas que amó. Se dice tambien que si el Apocalipsis es de S. Juan, no pudieser el cuarto Evangelio toda vez que es por toda manera diferente el estilo que campea en cada una de dichas obras; sin embargo, todo se explica desde el momento en que se sabe que S. Juan escribió el Apocalipsis mucho tiempo antes que el Evangelio. Aquel lleva el sello de su origen hebraico, porque escrito poco tiempo despues de haber el apóstol salido de su país, no podía ménos que conservar las locuciones propias del mismo: en cambio redactado el Evangelio en Efeso, despues de una permanencia en el Asia Menor, campea en este una diction más correcta, que

en ocasiones llega hasta ser elegante. Se objeta por último que la enseñanza de S. Juan contrasta con la de sus tres predecesores; mas respecto del particular debe manifestarse que sin contradecirla la completa.

«Juan, dice Clemente de Alejandria, teniendo en cuenta que lo relativo á la humanidad de Jesucristo quedaba referido en los tres Evangelios precedentes, escribió un Evangelio espiritual.» Es decir pone de manifesto la naturaleza divina del Verbo. De manera que de los cuatro evangelistas, tres reproducen la enseanza parabólica, moral, popular de Jesus, en tanto que el cuarto consigna la parte dogmática, sacramental, mística. En el primer caso se trataba de instruir al pueblo humilde de Galiléa; en el segundo á los doctores de la ley, á los letrados de la nacion, á los apóstoles destinados á ser los teólogos de los siglos venideros. Nada tiene pues de extraño que Jesus haya adoptado dos métodos completamente distintos, acomodados á la diversidad de los asuntos y de los auditorios, y que sus historiadores reflejen esos dos lados de su fisonomía intelectual. Háse dicho, finalmente, que el autor del último Evangelio no fué Juan, sino el compilador de sus notas orales ó escritas; la crítica contemporánea vencida por la evi-

dencia responde del modo siguiente á estas sutilezas de ayer. La primera epístola atribuida á S. Juan, pertenece indudablemente al autor del cuarto Evangelio. Es así que Policarpo y Papias reconocieron la autenticidad de dicha epístola, luego . . . luego no puedo ménos que admitir como un hecho inconcuso la autenticidad de los cuatro Evangelios canónicos. Todos se remontan al siglo primero, y todos pertenecen á los autores á los cuales se atribuyen (1)."

Y no se trate de eludir tales conclusiones acudiendo al gastado recurso de que los Evangelios no son en manera alguna obras compuestas por los autores por quienes parecen firmados, sino tradiciones firmadas por los mismos. Conforme á la usanza del tiempo y segun los ejemplos que nos proporcionan los clásicos griegos, la fórmula *segun S. Mateo* vale tanto como *por San Mateo*. Por lo demás, Crocio, Ficchorn y Olshausen han observado que el título primitivo no se reducía simplemente á las palabras: Evangelio segun Mateo; sino que decía: Evangelio de Jesucristo, de S. Mateo. Más tarde y á fin de evitar el inconveniente de emplear dos

(1) Rouss, *Vida de Jesús*,

genitivos, se designó á los autores de los Evangelios por medio de un giro elíptico. Hé ahí la verdadera explicacion de su título. Por los demás, añade Ricardo Simon, la Iglesia es quien ha redactado los títulos de los cuatro Evangelios, para manifestarnos que fueron escritos por los apóstoles ó por sus discípulos, y por consiguiente desde el momento en que se dá á dichos títulos un sentido diferente del que les da la Iglesia, se suministra la prueba de estarse cometiendo una falsificacion, puesto que nadie como ella puede conocer su pensamiento.

Háanse equivocado tambien los que en el Evangelio de San Juan han presumido distinguir los rasgos de una mano extraña, fundados en que la historia de la mujer adúltera hállase marcada en ciertos manuscritos orientales con comillas y asteriscos que indican una cita. Conste de un modo indubitable que las versiones de los primeros siglos; tales como la itálica y la vulgar, admiten dicha historia como auténtica, en términos que la defienden como tal S. Jerónimo, S. Crisóstomo y muchos otros Padres; y si bien es verdad que ciertos copistas armenios omitieron dicho pasaje en algunos ejemplares, débese esto á la extremada rigidez moral de que se hallaban poseidos, rigidez que les impulsaba

á juzgar como peligrosa y apócrifa la facilidad de Jesús en perdonar.

Resultado de todo lo dicho, que á ménos de poner en tela de juicio la evidencia histórica, no puede abrigarse la duda más insignificante respecto del verdadero origen de los cuatro Evangelios. San Mateo dedicó su manuscrito á la Iglesia de Jerusalem y á los judíos convertidos de la Palestina; San Marcos, á las Iglesias de Roma y de Alejandría; San Lucas y San Juan, transmitieron los suyos á las florecientes comunidades de la Grecia cristiana, «siendo de advertir que ninguno fué tan solemnemente publicado como el de San Juan, puesto que éste, el apóstol San Andrés y otros discípulos del Salvador, escribieron una carta encaminada á introducirlo oficialmente en las Iglesias (1).»

No juzgamos del caso, despues de lo dicho, repetir con M. Vitat: «Lo que hay de positivo es que los Evangelios, por más que se les estreche, resisten á la crítica, y subsisten continuamente como monumentos indestructibles. ¿Qué libro de Herodoto, ó qué década de Tito Livio lleva tan profundamente marcada la huella de

(1) Vilmain. *Estudio crítico sobre los Evangelios*.

la buena fé y de la verdad que constituyen el rasgo característico de las narraciones de San Mateo y de los recuerdos de San Juan (1)?» La cuestion de buena fe incumbe ménos á la autenticidad que á la veracidad de los libros del Nuevo Testamento, y como esta se refiere más bien que á los *escritos* á los *hechos*, que son el fundamento del edificio cristiano, nos aprovecharemos de esta transición para enlazar con el presente el capítulo que sigue.

[1] *La ciencia y la fe.*